

—¡Que Vagoniana bendiga á los españoles!—exclamó Anacaona, viéndolos partir y olvidando los poderosos motivos que tenia para odiarlos.

—¡Ay de nosotros! ¡Ay de nuestra raza!—murmuró Guarocaya, retirándose triste y abatido á su palacio, que ya le parecia una tumba.

Capítulo XLV.

Mayabonex.

En la colonia encontró Bartolomé el reverso de la medalla.

Volvia muy satisfecho por el triunfo que acababa de obtener su diplomacia; pero al llegar á la Isabela, la escasez de víveres por una parte, y por otra las maquinaciones de sus adversarios, le hicieron olvidar su triunfo para entregarse á la desesperacion.

Pocos eran los que no se hallaban enfermos, y estos pocos se lamentaban de la escasez de víveres.

Los que yacian postrados en el lecho reclamaban á toda prisa medicinas.

Muchos de los colonos, ó por pereza ó por enfermedad, habian dejado de cultivar los campos, y la

miseria, el hambre, el malestar, constituían la fisonomía de aquella agrupación de europeos.

Gran parte de los indios que estaban al servicio de los colonos se habían escapado, refugiándose en las montañas.

Convencidos de que había oro en la isla, todo su afán era adquirir aquel metal, sin pensar en que podían muy bien llegar á verse como el héroe de la célebre fábula, que obtuvo como gracia especial el que se le volviese oro todo lo que cogía.

Los españoles, como aquel, iban á ver, por no cultivar los campos, convertido en oro el pan que necesitaban para vivir.

Como el almirante no volvía ni enviaba provisiones; como Diego Colon, débil de carácter, vivía retirado por evitar un choque con los descontentos, á quienes capitaneaba Roldan; como Bartolomé, por último, cumplía las órdenes de su hermano, estableciendo fortalezas, fundando la colonia de Santo Domingo, tratando con los caciques que aún no estaban sometidos, cobrando el tributo de los que lo estaban, creyéndose los colonos víctimas de la ambición de los tres hermanos, Roldan y los agentes de Fonseca veían engrosar sus filas con los que no tenían bastante discernimiento para comprender quiénes eran sus verdaderos amigos y quiénes sus adversarios.

Una de las cosas que más afligían á los españoles era no tener buques.

Con ellos podrían partir algunos á reponerse, á buscar víveres, á dar cuenta de la situación en que se

hallaban; pero la ausencia de toda clase de embarcaciones los tenía desesperados.

Para calmar un tanto su ansiedad y alentar sus esperanzas, mandó Bartolomé construir dos carabelas.

Mientras se fabricaban, internó en la isla á los colonos aptos para trabajar ó batirse, y al efecto estableció una cadena de fuertes militares entre el nuevo puerto de Santo Domingo y la colonia.

Estos fuertes constaban de cinco casas fuertes, rodeadas de chozas.

Hallábase el primero á nueve leguas de la Isabela y tomó el nombre de la Esperanza.

Seis leguas después se levantó el de Santa Catalina.

Cinco leguas de este el de Santiago, á igual distancia el de la Concepción, que ya estaba construido al pié de las montañas del Cibao, y en la Vega Real, próximo á la residencia del desgraciado cacique Guarionex, al que había reemplazado un hermano suyo, llamado Mayabonex.

Nó quedaron en la Isabela más que los enfermos, algunos cuantos soldados para defenderla en caso de un ataque, los calafates y operarios que construían los buques, Diego Colon, algunos otros empleados, y el alcalde mayor Francisco Roldan.

El adelantado, con el grueso de su ejército y lo más florido de la colonia, se trasladó á Santo Domingo.

Allí, procediendo á la explotación de las minas

de Hayna, pensó aguardar la vuelta de su hermano para dirigirse al departamento del Xaragua á cobrar el tributo.

De su propósito le distrajo una grave noticia que recibió algun tiempo despues.

Los indios de la Vega Real, no escarmentados aún con el castigo que habian sufrido los que á las órdenes de Guarionex habian querido apoderarse del fuerte de la Concepcion, intentaban apoderarse de nuevo de esta fortaleza.

El capitán del fuerte pedia auxilio, porque habian entrado en la conspiración gran número de indios, y no contaba con suficientes elementos para contrarrestar su empuje.

Vamos á ver lo que habia pasado.

Despues de la muerte de Guarionex, le habia sucedido en el mando Mayabonex, hermano menor de aquel, y de carácter más enérgico y valeroso que el desgraciado esposo de Imbila.

Los misioneros, entre los que se hallaba el padre Roman Pane y el fraile franciscano Juan Borgoñon, volvieron á la vega despues de convertir al cristianismo á Higuamota y á la hija de Guarionex, que estaba enamorada de Diego, el intérprete lucayo, y continuaron propagando la verdadera doctrina entre los indios.

Habian ya catequizado á una familia, cuyo jefe cambió su nombre por el de Juan Mateo.

Pero lo que más deseaban los frailes era convertir á Mayabonex, el cual, conociendo el poder

de los españoles, aparentó prestarse á sus deseos.

Aprendió algunas oraciones, y dispuso una gran protección al indio convertido Juan Mateo.

Los indios estaban indignados.

Como sucede siempre en estos casos, los butios, guardadores y sacerdotes de la primitiva religion de los indios, veian con pena el entronizamiento del cristianismo en sus costumbres religiosas.

Cada uno de los indios que se dejaba catequizar era un súbdito ménos, porque la religion de los indios, como todas las religiones idólatras, convertian en verdaderos soberanos á los sacerdotes con solo atribuirles la inspiración y el trato íntimo con los dioses ó tzimes.

No podian ver con calma los buenos resultados de la predicación de los misioneros, y cuando se informaron de que Mayabonex, su soberano, rezaba con frecuencia las oraciones que le habian enseñado los misioneros, y estaba pronto á renunciar su religion para abrazar el cristianismo, se alarmaron profundamente, pusieron en juego los poderosos medios con que contaban para evitar que sus ídolos rodasen á los piés del tabernáculo y fuesen reemplazados por el sublime signo de la Redención.

Juzgaban mal á Mayabonex.

Tan astuto como valeroso, no creia haber llegado aún la hora de emplear la fuerza y empleaba la astucia.

Fingia oír con admiración á los religiosos, y aprendia con facilidad las oraciones que le enseñaban, se instruia perfectamente en los misterios de la religion.

cristiana; pero no por eso olvidaba un solo instante el culto que debía á sus ídolos, no dejaba de consultar á su tzimes protector para que le diese á conocer el rumbo que debería seguir y le marcara la hora de abandonar la astucia por la fuerza, para caer sobre los opresores de su patria y libertarla del yugo.

Referí á su tiempo que Guarionex y los suyos, irritados por la alevosa conducta de Barahona, conducta que dió por resultado el suicidio de Imbila, presa de horrible indignacion, hicieron mil pedazos la sagrada imágen de la Virgen, que el misionero Roman Pane les habia dado como un símbolo de las nuevas ideas religiosas que adoptaban.

Aquel sacrilego atentado recibió el condigno castigo; pero era necesario, para satisfacer á los misioneros, que los indios, no ya venerasen una imágen sagrada en el secreto de su hogar, sino que tuviesen una capilla, donde concurriesen á cumplir sus deberes cristianos.

Destinaron al efecto una de las chozas más espaciosas, y en ella colocaron los frailes un altar con un Crucifijo y un busto de la Inmaculada.

La familia de Juan Mateo se encargó de su cuidado, y con el consentimiento de Mayabonex comenzaron á recorrer las aldeas próximas para establecer en todas ellas nuevas capillas y extender el culto católico.

Juan Mateo les acompañaba, y aunque en el fondo de su alma sentía una profunda indignacion su soberano por su perfidia, aparentaba protegerle, sin

perjuicio de castigarle cuando llegara el día de la venganza.

Pero temeroso de que la debilidad de algunos de los indios descubriese sus intenciones, se guardó de revelar sus íntimos pensamientos á sus vasallos, y continuó apareciendo á sus ojos como un apóstata, tan digno de recibir el castigo como Juan Mateo.

No era posible resistir por más tiempo aquel despotismo.

Podian muy bien los que habian tenido la fortuna adversa en el momento de la lucha, someterse al dominio de los extranjeros y pagarles, aunque dolorosamente, el ominoso tributo que les habian impuesto.

Podian soportar el peso de sus duras penas siempre que tuvieran libertad de conciencia, siempre que pudieran en el fondo de su alma hallar un consuelo á sus desventuras en la adoracion de sus ídolos.

Pero desde el momento en que los españoles querian extender su influencia hasta en sus sentimientos; desde el instante en que querian hacerles olvidar su religion, la religion de sus padres, la que habian inculcado á sus hijos, para profesar otra nueva, lo cual era cometer una apostasia, sus cadenas les parecieron más duras, más ominosa su esclavitud, más insufrible el despotismo de sus enemigos, y habia llegado para ellos la hora de romper el yugo ó de morir como buenos, defendiendo sus creencias y su fé.

Los butios aprovecharon aquel movimiento, aquel impulso que debia dar fuerza á los débiles y convertir en héroes á los más timoratos.

—¡Guerra á muerte á los españoles que quieran imponernos su religion! ¡Guerra á muerte á Mayabonex, nuestro rey, porque los escucha y los obedecel ¡Guerra á muerte á Juan Mateo, porque ha roto los lazos que le ligaban con nosotros!

Este fué el grito de guerra.

Esta fué la exclamacion unánime, la voz de alarma que sin pronunciarla los labios resonó en el corazon de todos.

Los caciques y los butios se reunieron en secreto para tramar la conspiracion que debia dar por resultado el cumplimiento del deseo que habian escrito en su bandera de rebelion.

Capitulo LX.

Profanacion.

Despues de celebrar algunas reuniones con el indicado objeto, acordaron negar toda clase de víveres á los españoles, aprovecharse de la ocasion para asesinar á los que fueran solos ó no pudieran defenderse por ir en menor número que sus adversarios, alejar á la familia de Juan Mateo, penetrar en su capilla, destruir las imágenes, enterrar los pedazos, acometer la fortaleza de la Concepcion, incendiarla y destruirla, matar á todos los españoles que habia en la Vega, y defenderla de la invasion de sus compatriotas cuando acudiesen á vengarlos.

El sentimiento religioso es el que más pronto arma el brazo de un pueblo.